

homenaje, pero solo por pura formalidad. Husein tomó una actitud muy ambigua entre su soberano y el rey de Khwarism, que en 602 (1206) se apoderó de Balh, sin que esta conducta le librara de una muerte violenta en 604 (1207) cuando los de Khwarism tomaron a Herat. Yildis trató de conquistar para sí desde Gazna un pedazo de la India, pero fué derrotado por Kotb-ed-din, que en 603 (1206) se proclamó sultan soberano de Delhi, haciendo orar por sí en su nueva mezquita, y hasta arrojó de Gazna temporalmente a Yildis; pero no se pudo sostener allí, y a su muerte, que ocurrió en 607 (1210), estalló la guerra entre los dos príncipes que habían empezado su carrera siendo esclavos.

La muerte de Kotb-ed-din, el restaurador enérgico del poderío mahometano en la India, originó también en aquella región durante algún tiempo grandes desórdenes; los gobernadores de Adschmir, Lahore y otros distritos se disputaron el poder central superior, hasta que un tal Altytmysch, antiguo esclavo turco (1), logró someter a uno tras otro, y con la incorporación de Bengala en el año 624 (1227) tuvo reunido bajo su cetro el imperio indio, gobernándole desde el año 607 hasta 633 (1210 hasta 1236). A Altytmysch sucedieron primero descendientes suyos, y a éstos otros individuos de origen análogo hasta el año 689 (1290). Los historiadores los llaman los reyes esclavos, y dan el mismo nombre, aunque sin razón, a la primera dinastía de los reyes afganes, ó de raza pathan, del Indostan, porque eran de estirpe turca pura, y solo las huestes que mandaban y con las que realizaron la conquista del país se componían en parte de elementos afganes.

Mientras la India mahometana, sin grandes conmociones, se hacia independiente de los sultanes de Gor, fué extinguiéndose rápidamente esta potencia. Guiyaz ed-din II se había encerrado en su capital y ciudadela de Ferós-Koh, contra la cual las tropas de Khwarism fueron impotentes ó poco menos; pero se introdujo la traición en la plaza, y en 609 (1213), según otros en 607 (1211), fué asesinado Guiyaz ed-din II y proclamado por algunos emires en su lugar su hijo Behá ed-din Sam, de 14 años de edad. Este no tardó en ser reemplazado por Atsis, hijo de Alá ed-din I, el incendiador del mundo, que excluido de la sucesión por sus primos, se había refugiado en la corte de Khwarism, donde había adoptado el nombre del primer rey de aquel país, Atsis I. Al llegar a Ferós-Koh fué reconocido soberano, como miembro de la familia reinante, pero murió en el año 611 (1214-15) en la guerra contra Yildis de Gazna. Entonces el destronado Ala-ed-din II trató de ocupar el trono vacante con el apoyo del mismo Yildis, pero en 612 (1215), este último, ante las tropas de Khwarism, tuvo que retirarse a la India, donde murió el mismo año 612 (1216) cerca de Thanesswara luchando contra Altytmysch. Atsis, último gorida, privado del apoyo de Yildis, no tuvo más remedio que abdicar, pues las guarniciones de sus plazas fuertes habían sido enviadas hacia mucho tiempo ya a la India, ya a Khwarism. Ciertamente que su tío no habría creído en tan triste fin de su poder si se lo hubiesen predicho cuando trece años antes hizo sentar al joven príncipe en el trono de Gor.

(1) El nombre de este monarca célebre se escribe de muchas maneras, sin que pueda decirse cuál ortografía es la verdadera; la que adoptamos en el texto es la que más crédito merece. Se escribe también Altamsch ó Altmysch, los ingleses escriben Altumsh, (Thomas: *The Chronicles of the Pathan Kings of Delhi*, Londres, 1871, pág. 44). La explicación que del nombre citado se da en esta obra sobre una noticia de Bada'onis, me parece ser una mera etimología del pueblo. De todos modos, conviene tener presente que en el texto árabe, mas autorizado, como en el texto sanscrito precede una *l* a cada una de las dos *t*.

El rey de Khwarism, Mohammed Ibn Takasch, pareció haber llegado a la meta de sus deseos, y en efecto, había ganado la partida que con tanta maestría había jugado. En pago del servicio que en 601 (1204) le habían prestado contra Moisés de Gor los chitayos, que empezaban a sentir por la parte del Norte la presión de otras tribus tártaras, les quitó la Transoxania en los años 604 a 606 (1207 a 1209); pero pagó cara esta ingratitud quince años después. Tenía asegurada la posesión del Corasan; el Kirman, que le pertenecía nominalmente desde 594 (1198), estaba desde el año 602 (1206) incorporado definitivamente a su imperio después de haber reducido a los gusos a la obediencia; los terribles goridas estaban vencidos y sus dominios conquistados hasta la frontera de la India; la Media oriental le obedecía, y en fin, bajo su cetro estaban reunidos mas territorios que había comprendido el imperio de Sindjar. Era monarca poderosísimo Mohammed, el hijo de Takasch; y sin embargo, no le faltó un enemigo que le molestaba a cada paso y de mil maneras. Este enemigo implacable era el califa Nasir, hombre ambiciosísimo pero ruin y maligno que odiaba al rey de Khwarism mirándole como terrible estorbo para la realización de sus planes en la Media. Nasir instigó continuamente a los de Gor contra el Corasan, lo cual se comprende dada su política; pero cometió la falta de provocar al rey de Khwarism a la guerra cabalmente cuando el poder de los Gor caminaba rápidamente a su ocaso, y todo por no hacer al rey el favor insignificante de incluir su nombre después del nombre del califa en la oración pública en las mezquitas de Bagdad, cuando en los dominios del rey, tanto en el Corasan como en la Transoxania, se oraba en todas las mezquitas por el califa. Todavía fué mayor su torpeza al trabajar para promover turbulencias en el pequeño Estado de Hamadan, de los pehlewanes. Cuando Takasch acabó con el dominio seldyucida en el Irak había concedido al califa el Chusistan, con lo cual Nasir quedó abundantemente recompensado; pero no se dió por satisfecho, y no paró hasta que Hamadan cayó, en el año 612 (1216), en poder de Ogulmisch, esclavo del pehlewánida Uesbeg y del cual creía poder disponer a su voluntad. En esto se engañó; Ogulmisch prefirió la protección del poderoso rey de Khwarism a la del califa, señor de Bagdad y del Chusistan; se reconoció vasallo del primero é hizo orar por él a título de soberano en las mezquitas.

Esto puso fuera de sí al califa, el cual, movido de ira ciega, entró en negociaciones con el Viejo de la montaña y en 614 (1217) espiró Ogulmisch de una puñalada de un ismaelita asesino. Semejante iniquidad en un califa no debe sorprendernos cuando el profeta de Dios se había permitido otras en varios casos, y lo que no fué criminal en el Profeta debía ser permitido a su representante; lo malo era que siendo obra de pasión, resultó ser pésima política. El rey de Khwarism no podía dejar de vengar el asesinato de un vasallo suyo, ni permitir la destrucción de un pequeño Estado que servía de escudo a sus territorios al rededor de Rei contra las asechanzas del ambicioso califa. El asesinato de Ogulmisch amenazaba además introducir la confusión en la Media, porque ni el pehlewánida Uesbeg, del Aderbidyan, ni el salgarida Sa'ad, de Fars, estaban dispuestos a permitir que la provincia vecina de ambos cayera en poder del califa. Uno y otro estaban a punto de hacer pasar a sus ejércitos la frontera, cuando se presentó con el suyo el soberano de Khwarism y destruyó las fuerzas de Sa'ad, el cual se dió por muy contento con no perder su trono de Chiraz. Uesbeg, mas cobarde, se reconoció vasallo de Mohammed é hizo orar por él en las mezquitas. Nasir se vió solo con sus fuerzas, que no pasaban de las de un soberano de segundo ó tercer

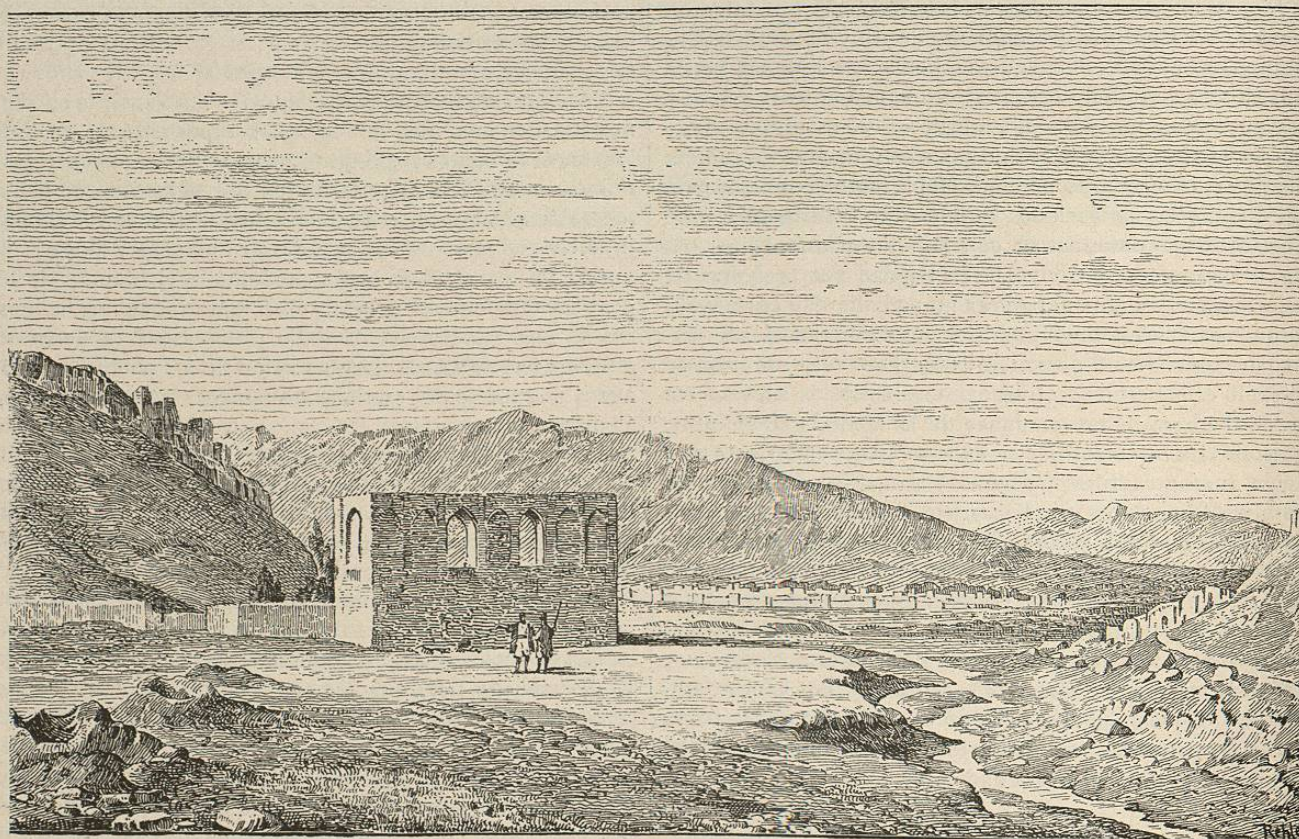
orden, en frente del poderoso rey de Khwarism, que acababa de dar un golpe maestro de indudable eficacia; golpe que era una prueba de la voluntad enérgica del sultan turco y de su decisión de continuar la guerra con el califa hasta dejar a éste aniquilado para siempre. La idea era grande y su realización el digno coronamiento del reinado de Mohammed. Lo que jamás se habrían atrevido a hacer ni los sultanes seldyucidas ni los buweihidas, lo que jamás se habían atrevido a pensar siquiera los ismaelitas asesinos, lo pensó y se propuso ejecutarlo el monarca de Khwarism, a saber: despojar a toda la raza abasida de su dignidad eclesiástica, el califato, y hacer pasar éste a la familia de Alí, el compañero del Profeta. Por orden del rey turco se reunió una asamblea de teólogos venerables que declararon a Nasir y a toda su raza destituidos de la dignidad de imanes y proclamaron califa a Alá El-Mulk, descendiente de Alí y natural de Tirmidh. No hay que decir que la población siita de Persia toda saludó con júbilo la traslación de la dignidad eclesiástica suprema a un descendiente de su santo idolatrado, y que las esperanzas de Nasir de ganar terreno en Persia menguaron en la misma proporción. Había también motivo para esperar que las poblaciones sunnitas de Transoxania y de Khwarism se conformarían con la innovación radical tan pronto como fuese introducida en Bagdad por la fuerza de las armas, suceso que al parecer no podía tardar en ocurrir, porque las fuerzas de Khwarism emprendieron desde Hamadan la marcha en dirección de Bagdad. Pero entonces se adelantó el invierno con frios extraordinarios: la nieve cerró los desfiladeros de las montañas de la Media y del Kurdistan; todos los esfuerzos que se hicieron para vencer este obstáculo fueron inútiles; personas y ganados perecieron en masa, y al fin el rey de Khwarism, a fines del año 1217 (614), tuvo que retroceder, aplazando su empresa para el año siguiente, a cuyo fin hizo en el Este preparativos formidables. El califa por su parte tampoco estuvo ocioso y reunió todas sus fuerzas para mantener su posición como jefe del Islam y hasta sus derechos temporales sobre la Media.

Con el pretexto de defender la causa de Dios vemos también aquí califa y sultan corriendo en pos del poderío terrenal, pero ya se oían las pisadas de aquellos a quienes el destino enviaba para enterrar a ambos.

Los que han seguido en su conjunto la historia de la descomposición del imperio mahometano desde el tiempo de los buweihidas, no habrán podido eximirse del cansancio, por no decir de la repugnancia invencible, ante este espectáculo tétrico, sin horizonte, de continuas guerras y luchas, sin que de este torbellino tenebroso, fuera de la breve aparición de los samanidas y de algunos episodios de las cruzadas, saliera ni el más insignificante destello de una idea religiosa ó nacional, ni ninguna creación política tolerable. Los árabes al derramarse mas allá de los límites de su península no se condujeron como ángeles, sino muy al revés, pues entonces en su mayoría no eran mas que hordas nómadas ávidas de botín; pero supieron crear un gran Estado y encontrar ó apropiarse ideas religiosas y políticas por las cuales valía la pena de pelear y de trabajar; mas nada de esto se vé en los turcos. Nadie niega a esta raza grandes dotes militares que todavía hoy conserva, pero a estas dotes no acompaña hasta la aparición de los Osmanes ni la mas pequeña dosis de aptitud para formar ni tan solamente conservar colectividades políticas. Si se pregunta lo que en los doscientos años que separan la aparición de los ganavadas del fin de los reyes de Khwarism han hecho los turcos en bien de la humanidad, ó solamente, para no ser exigentes, en bien de los países del Asia occidental, hay que contestar: Nada. Se han derrocha-

do allí fuerzas inmensas, se han causado desgracias horrosas a aquellos pueblos infortunados, y todo por nada, absolutamente por nada. El mundo mahometano nada debe a los turcos, ni una sola creación política ó legislativa de algun valor, ni giro nuevo alguno en la vida religiosa, ni un solo trabajo científico, porque Alfarabi existió mucho antes, ni esfuerzo alguno en el terreno de la ciencia. Los turcos al parecer, fuera de circunstancias especialísimas, como aquellas en que debieron de encontrarse en la India y en el territorio asiático-europeo, no sirven mas que para montar a caballo y cortar cabezas. La mayor altura a que ha sabido elevarse esta gente horrible ha sido dejar trabajar a otra gente de mas talento; así la corta prosperidad de la Persia en los reinados de Alp Arslan y de Melik fué obra de sus funcionarios persas, sobre todo de Nizam El-Mulk, pues ya se sabe que los persas tienen para estas cosas grandísima aptitud si se les obliga con mano fuerte a enfrenar sus caprichos versátiles. Por esto marcharon las cosas tolerablemente en algunos Estados menores, donde, como especialmente en Fars, los turcos reinantes se portaron un poco racionalmente; pero mirada en globo la historia de los dos siglos de que hablamos, acaba como empezó con el reinado del sultan Mahmud, es decir, con matanzas é incendio de ciudades y aldeas; solo que al fin del período había aumentado el número de los pueblos reducidos a cenizas y disminuido el de los habitantes. Si este cuadro nos da tedio y nos causa repugnancia, ¿cuál no habrá sido la desesperación de los pueblos infortunados que fueron las víctimas de tamañas atrocidades? A los alemanes se nos crisan las manos cuando nuestros abuelos nos refieren los padecimientos que pasaron en tiempo de Napoleon, pero ¿qué comparación hay entre aquella docena de años y dos siglos? La bondad natural que podemos admitir en los turcos les ha impedido siempre conducirse tan bestialmente como se condujo, por ejemplo, la soldadesca europea en la segunda mitad de la guerra de Treinta años; pero es tristísimo lo que sabemos del aspecto que presentaba el Asia occidental a principios del siglo XIII, VII de la égira. El desgraciado tiene tres medios para no sucumbir bajo el peso de sus infortunios: la confianza en Dios; si es mahometano, la fe en la ley del destino, y el misticismo, que olvida todo lo terrenal y se abisma voluptuosamente en lo infinito, y el genio frívolo, voluble y vividor que estando al borde del precipicio sabe coger todavía la última flor y vaciar la última copa a la vista de la muerte. Solo teniendo esto presente se comprende en mi opinión la vida intelectual de los pueblos de Oriente en el período histórico que hemos expuesto, la cual presenta la mezcla mas singular de los tres recursos indicados, predominando sobre los demás ya el uno, ya el otro, según la índole de cada nación ó individuo pero siempre notándose los tres sentimientos en todas las manifestaciones intelectuales, y principalmente en el terreno religioso y el científico. Apenas despuntan pensamientos ni ideales nuevos; las conquistas de otros tiempos se transmiten, como lo permite la mala disposición de los tiempos, en compendios manuales, que hábilmente redactados se fundan en el sistema jurídico-teológico que no admite modificación, a fin de tener a qué atenerse en cualquier caso. Los dos comentarios clásicos del Corán, el de Samahschari y el de Beidawi, el primero escrito en espíritu motasilita liberal y el segundo rigurosamente ortodoxo hasta la nimiedad microscópica, son de la época de los seldyucidas y del principio de la época mogola. En los reinados de Melik y de sus hijos vivió el último gran filósofo del Oriente, Gasali (Ghazzali ó Ghazali), que durante largo tiempo fué jeque en la escuela Nisamiya de Bagdad. Convirtiéndose este sabio a la fe ortodoxa y desde entonces empleó toda su ciencia para probar que la

filosofía era cosa vana, cuya opinión desde entonces ha prevalecido en todo el mundo mahometano. Las ciencias naturales apenas recibieron cultivo alguno después de Avicena, á excepción de la astronomía, que fué muy protegida, tanto por su utilidad práctica como por ser necesaria á la astrología. En las demás ciencias se utilizaba lo que los antiguos habían descubierto, entendiéndolo mal. La literatura histórica tanto persa como árabe se mantuvo á una altura respetable, la primera escrita en parte en forma de memorias y con lenguaje elegante y la tendencia manifiesta de hermoear con la retórica la rudeza de la realidad; la segunda, ó sea la literatura histórica árabe, fué mas cultivada en Siria y Egipto, y consiste en compilaciones de obras antiguas con



Sepulcro de Sa'adi, en el valle de Chiraz

blo, y principalmente en Persia, el misticismo, con su fatalismo inflexible á veces unido á la fe ortodoxa, si bien opuesto interiormente á ella por su misma esencia. La simple negacion de algunos puntos del dogma sunnita, que constituye el carácter principal del siismo, es menos propia que aquel dogma para satisfacer ni al espíritu ni al corazón; pero el misticismo sirve á los dos de pantalla, detrás de la cual pueden vivir á su manera, siendo por su carácter panteista, medio teórico, medio práctico, un guía que pretende conducir al hombre gradualmente por el camino de la meditacion y del ascetismo hasta ser absorbido en la divinidad. Esta transfiguracion y difusion del alma en la llama del amor divino es el objeto final del misticismo, hijo del sofismo. Sabida es la facilidad con que las almas entusiastas se engañan á sí mismas y engañan luego á sabiendas á otras, rodeándose de misterios y prácticas, hasta llegar á formar asociaciones y finalmente órdenes minuciosamente organizadas. Estas órdenes, cuyos rudimentos existian ya desde muchísimo tiempo, nacieron en gran número y se aumentaron rápidamente en el período de que se trata, y por lo que hemos dicho no puede sorpren-

der que en las órdenes de los sofíes como en las mendicantes, cuyos individuos se llaman derviches (nombre que fué mas adelante aplicado tambien á los sofíes que viven segun una regla determinada), se encuentren personas de todas condiciones y categorías. De todo hay en el sofismo: almas las mas nobles y las mas ruines; la elevada ciencia panteista de Schelal-ed-din Rumi y los vicios mas asquerosos ocultos bajo la abstinencia devota; y entre ambos extremos, los extáticos, los penitentes, los milagrosos, los vagabundos, los verdaderamente virtuosos y los que viven absortos en meditaciones. Estas órdenes eran el asilo de los afligidos, de los cansados por luchas interiores, de los perseguidos por infortunios y de los que querian vivir de la caridad del prójimo. Cabalmente en los siglos VI (XII) y VII (XIII) fueron fundadas la mayor parte y las mas notables de las órdenes de derviches que hoy existen, de las cuales citaremos la de los mewlewis (1), que tuvieron á Schelal-ed-din Rumi, y la de los rifais

la adición de los sucesos posteriores, narrados con fidelidad, tales como constaban á los autores, ya por haberlos presenciado, ya por haberlos inquirido de sus contemporáneos. La era clásica de la literatura histórica persa cae en el período siguiente. De los autores de memorias citaremos aquí á Beihaki, cuya obra representa el diario, por cierto interesantísimo, de un funcionario gaznavida. De las obras árabes son fuentes principales para la historia del Islam y sobre todo para el período que acabamos de narrar, las crónicas, continuadas hasta su tiempo, de Ibn El-Athir y de Abulfeda, que escribieron respectivamente en el siglo VII (XIII) y el VIII (XIV). Abulfeda era descendiente de Eyub.

Entonces tambien se propagó en todas las clases del pue-

der que en las órdenes de los sofíes como en las mendicantes, cuyos individuos se llaman derviches (nombre que fué mas adelante aplicado tambien á los sofíes que viven segun una regla determinada), se encuentren personas de todas condiciones y categorías. De todo hay en el sofismo: almas las mas nobles y las mas ruines; la elevada ciencia panteista de Schelal-ed-din Rumi y los vicios mas asquerosos ocultos bajo la abstinencia devota; y entre ambos extremos, los extáticos, los penitentes, los milagrosos, los vagabundos, los verdaderamente virtuosos y los que viven absortos en meditaciones. Estas órdenes eran el asilo de los afligidos, de los cansados por luchas interiores, de los perseguidos por infortunios y de los que querian vivir de la caridad del prójimo. Cabalmente en los siglos VI (XII) y VII (XIII) fueron fundadas la mayor parte y las mas notables de las órdenes de derviches que hoy existen, de las cuales citaremos la de los mewlewis (1), que tuvieron á Schelal-ed-din Rumi, y la de los rifais

(1) Palabra derivada de Mewlana, «nuestro amo,» como llaman los sofistas á sus grandes maestros.

ó derviches danzantes, como muchos los llaman hoy porque se vuelven extáticos á fuerza de girar sobre sí mismos ó á fuerza de llamar á Dios, ya con el nombre de Allah, ya con el de Hú (él, es decir, Dios).

Las dos tendencias, la ortodoxa y la mística, se reflejan en la literatura de la época, la cual ofrece tambien representantes de la tercera tendencia que predica el disfrute de la vida. La tendencia ortodoxa se encuentra, como es natural, con preferencia en obras de ciencia y las dos otras en las poesías. No faltan poetas que cantaron materias serias, como por ejemplo las guerras de Saladino con los infieles, pero éstos son en corto número. La poesía religiosa suele tener carácter sófico, pues que hay tambien sofíes y derviches que siguen principios ortodoxos. Casi constituyen los mejores productos de la poesía persa aquellos que quieren hacer comprender lo incomprendible por medio de parábolas é imágenes en que figuran la rosa, el ruiseñor, la mariposa, la llama y tantas otras cosas. Por la imitacion que ha hecho Rückert de los dísticos (mesnewis) del profundo maestro Schelal-ed-din Rumi, que como dice su sobrenombre pasó la mayor parte de su vida en el Asia Menor (Rum), á saber, en Iconio, pero que habia nacido en Balh y compuso sus poesías en persa, podemos formarnos una idea muy exacta de este arte tan especial como elevado. Análoga tendencia tienen las poesías instructivas (didácticas), morales y sóficas de Nasiri Khosran y de Ferid-ed-din Atar (1). En Omar Jaiyam (2) se agrega á esta tendencia la de libre-pensador polemista. El sofismo tranquilo, bajo la forma de la ciencia práctica, bondadosa y pura, de la vida, está representado por Sa'adi de Chiraz, el mas popular de los poetas persas. Háfiz, en su «Jardin de Rosas» ó *Gulistan*, verdadero tesoro de riquísimas perlas en prosa y verso, nos ofrece la ciencia de la vida dictada por un alma piadosa, á la par que varonil, que ha renunciado á las vanidades del mundo sin odiar á éste. Desde que Adan Olearius de Aschersleben trajo en el siglo XVII esta obra á Europa al regresar de su viaje á Persia, ha llamado la atención, conforme merece (3). Menos admiradores, sin razon suficiente, tiene el «Jardin de Recreo,» (*Bostan*) (4). El último de los poetas árabes célebres, Omar Ibn el-Farid, es místico desenfadado; el amor divino es para él un vino que embriaga al sofí y le hace olvidar todo; así para llegar á este grado de éxtasis se acudió mas adelante al vino verdadero y al hachich ú opio que usaban los ismaelitas asesinos. El extremo opuesto de la religiosidad verdadera ó ficticia, tanto de la escuela ortodoxa como de la mística, está representado por los poetas que predicaban el disfrute de la vida ya cantando el amor y el vino en composiciones líricas, ya rindiéndoles culto en cuentos y novelas. Estos poetas tienen ya contacto con una cuarta clase, la de los panegiristas de príncipes amantes del arte, panegiristas de los cuales hubo gran número hasta bajo el cetro de los soberanos turcos desde Mahmud, porque el hombre mas rudo aspira el incienso con placer. Tambien hubo algun príncipe que sabia apreciar la poesía, como Melik y después de él Sindyar, que se rodeó de toda una corte de poetas. Aquel á quien este soberano tuvo en mas estima fué Enweri, célebre tanto por sus panegíricos como por sus sátiras. Emulo suyo fué el erudito y artístico Jacani, el poeta de cámara del pequeño rey persa del Chirvan, en cuya corte no estuvo siem-

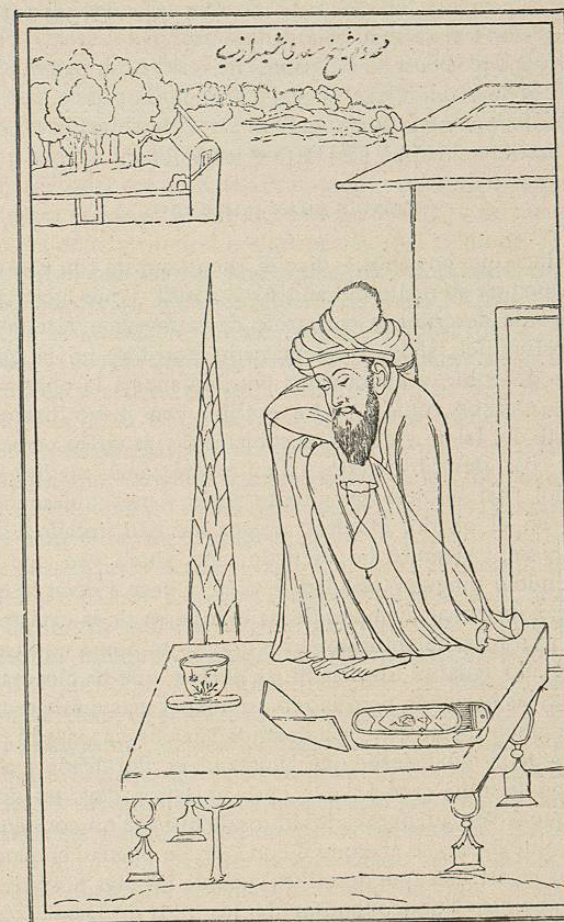
(1) El *Penánameh*, traducido al alemán por Nesselmann, Königsberg, 1871.

(2) Las canciones y sentencias de Omar Jaiyam, traducidas al alemán por Bodenstedt; Breslau, 1882, tercera edicion.

(3) Traducciones modernas al alemán son la de Graf, Leipzig, 1846, y la de Nesselmann, Berlin, 1864.

(4) Traducido al alemán por Graf, Jena, 1850, y en extracto por Schlechta-Wssehrd, Viena, 1852.

pre sobre rosas. Muy fecunda en grandes poetas era entonces la remota comarca del Cáucaso: Nisami, el poeta épico mas grande después de Firdusi, era natural de Gendscha; en su *Jamse* se encuentran, además de un poema didáctico y de una coleccion de novelas poéticas, tres grandes poemas épicos, el Iskender-Nameh ó libro de Alejandro, es decir, la historia de Alejandro Magno, y las historias de Leila y Medschnun y de Khosran y Schirin, dos parejas de amantes célebres entre los árabes y persas. Estas dos obras y el libro de Alejandro, que



Retrato de Sa'adi

no es mas que un tejido de fábulas, son los representantes mas notables de la poesía épica romántica, que fué cultivada desde muy temprano buscando sus motivos en las leyendas nacionales como el Schah-nameh y sus muchas imitaciones. Falta nombrar aquí á Hariri, el último gran escritor de la literatura árabe y al propio tiempo el que manejó con mas arte este idioma. Su *Abu Seid*, que es un individuo por el estilo de los estudiantes que corrian la tuna, que aparece en lugares los mas diferentes y siempre bajo distinto disfraz haciendo sus tretas y sus discursos picarescos, es la figura mas propia para representar aquel tiempo, en que ya no se diferenciaban los príncipes, los héroes y los aventureros, y en que la desorganizacion y la vagancia iban en aumento en todas las clases. Las *macames* (5), ó «sesiones» de personas instruidas y de conversacion, son características del siglo VI (XII). En el fondo de esta obra, bajo una forma delicadísima y encantadora, late la desesperacion. El tiempo se acercaba en que los hombres ni aun á esto debian tener aficion.

(5) Así llama Hariri los discreteos de su héroe, á manera de capítulos de la historia ó cuento.